

Capítulo II

Domingo Boari

No se puede creer

Él *(un amigo, hoy 53 años)*

1. ¿Indicio?

Él estaba contando una historia que captaba el interés de todos los amigos que compartíamos la mesa en esa fiesta. Se acercaba el desenlace cuando ella lo interrumpió para corregirle una palabra que debía acentuarse de otro modo. Unos segundos después, el relato continuó, aunque el atractivo de la narración había perdido un poco la tensión previa al remate que él como buen narrador venía preparando.

Curiosamente no me puedo acordar en qué fiesta era, si un casamiento o la fiesta de 30 o 40 años de algún amigo en común. Él para esa época debía andar por los 30, más o menos. Yo hacía poco que había empezado a ir a esa ciudad y me estaba incorporando a ese grupo de amigos. Pero la escena la recuerdo bien, porque yo estaba mirando al Tano, un amigo mío y también de la pareja –en especial de él–, y capté justo el instante en que la interrupción de ella provocaba en El Tano un gesto sutil de desagrado que yo no supe interpretar en ese momento. Ahora pienso que el Tano se hacía eco de una molestia invisible y profunda que había sentido su amigo frente a la interrupción de su esposa.

Cuando muchos años después le pregunté, el Tano no recordaba para nada el hecho. Pero el Tano, que los conocía desde mucho antes y fue siempre más amigo de ellos que yo, también está sorprendido por cómo siguieron las cosas. Aunque la verdad está más bien enojado porque, porque él la veía venir.

2. Una mujer para amar

Es inteligente. Tiene una fuerza arrolladora para insistir y llevar adelante lo que se propone. Sus convicciones son inquebrantables...

Son virtudes importantes, como para elegirla y amarla toda la vida. Para él, fue la mujer de su vida, el amor de su vida, la debilidad de su vida.

Fueron muchos años y juntos pudieron hacer muchas cosas. Supe que se habían conocido en el colegio y que estaban entre los líderes de aquella gran movida juvenil que conmovió a la ciudad unos meses antes de lo que después, en otra ciudad, fue “La noche de los lápices”. Se habían casado muy jóvenes, apenas después del secundario. Tuvieron dos hijos, y diez años después adoptaron una más, porque era una nena débil, una sobreviviente, y estaba allí y ellos eran generosos para brindarse a los necesitados. Era parte de sus ideales. Los llevaban adelante con orgullo.

Eran queridos, tenían amigos, y muchos los admiraban; eran casi una pareja modelo.

Si se los cuento no lo van a creer. Les va a parecer mentira, pensarán que exagero, que soy poco objetivo porque él es amigo mío. Pero cuando me di cuenta fue como una iluminación; casi de golpe, todo se resignificó y lo empecé a ver con una claridad nueva.

Y ahora que lo pienso tomo conciencia de que ya había visto eso mismo otras veces. No en personas que yo quisiera tanto, claro. Lo había estudiado, está descripto en la bibliografía y algunas películas lo muestran. Hay distintas versiones: padres que se lo han hecho a los hijos, hijos a los padres, profesores a sus alumnos; maridos a sus esposas, esposas a sus maridos; un socio a otro, un amigo a otro...

3. El valor de la palabra

A él lo conocí muy bien. Tiene una manera de vivir que pocos comprenden. Pero todos saben que con él se puede

contar. Su desinterés es a toda prueba, porque si hoy tiene, te presta, aunque mañana tenga que salir a pedir para cumplir sus propias obligaciones. Pero más generoso todavía es con su tiempo y su amistad: una vez, me acuerdo, dejó su estudio contable un poco a la deriva durante una semana para viajar a Comodoro Rivadavia porque un amigo estaba en crisis.

Yo estoy convencido de su bondad; él, ahora, duda.

Supe que había sido un líder natural, que arrastraba a un grupo importante de compañeros jóvenes que contaban con él, luchaban con él, vivían los ideales con él. Él se los explicaba. Yo llegué a verlo en algunas reuniones, su palabra era valorada.

Compartíamos charlas, algún asado y hablábamos de viejos y nuevos sueños. La amistad había crecido, pero yo no me había dado cuenta de que lentamente él había ido perdiendo la alegría. Tal vez como siempre lo tuve allá arriba, no me lo imaginaba derrotado. Tal vez porque siempre que se encontraba conmigo estaba contento. Ni siquiera pensé que él pudiera tener un problema cuando la hija me llamó y me pidió que fuéramos a tomar un café...

—Te quería preguntar, ¿qué le pasa a mi papá?, ¿es depresivo?

Y cuando me contó un poco más, pude imaginarme lo que no había visto nunca. Claro, yo jamás había ido a la casa, ¿cómo lo iba a ver? Solo su hija y el Tano sabían de su profunda pena, pero solo el Tano sabía cuál era el motivo.

La hija lo convenció de que viniera y, por suerte, vino. Es difícil y complicado que un amigo devenga paciente, o alguna forma de paciente, pero esta vez algo se pudo hacer... Pude ver cuánto le dolía estar mal con la mujer que amaba.

—No se puede creer —empezó con su muletilla—. Discutir con ella es imposible —agregó.

Y me explicó cómo había llegado a sentirse *atrapado sin salida*. Si hablaba, cualquier argumento era siempre rebatido hasta el infinito, entonces decidió callar. Un tiempo después, cuando ella notó que él elegía el silencio, comenzó a decir en voz alta, para que la escuchen: “Y éste no dice nada... ¡nada dice!”. Como vio que no servía hablar ni callar, mi amigo probó con justificar su silencio y cuando ella empezó a presionar con “¿No tenés nada para decir?”, ensayó frases del tipo de: “No digo nada porque me parece que tenés razón”. Entonces como respuesta empezó a escuchar: “¿No tenés opinión propia, vos?”.

— ¿Qué iba a hacer? Yo que siempre sentí que la palabra era la mejor herramienta, comencé a pensar que hablar no servía para nada.

Conversamos una pocas veces, pero a fondo. Pudo mirar hacia adentro con suficiente sinceridad. En cientos de detalles fuimos advirtiendo, con horror para mí, que lo que yo había entrevisto de su situación no eran solo chispazos aislados. En la intimidad era algo constante y mucho peor.

Sí, parece increíble. Una capacidad destructiva inteligente e insidiosa. Una vida dedicada a destruir. ¿Cómo puede ser? El ataque dañino que penetra día a día. Como el agua, que siendo fuente de vida, puede calar gota a gota, llegar hasta el metal y corroerlo, apegarse al hierro y oxidarlo hasta convertirlo en polvo inútil... De no creer.

Poco después de esas charlas que tuvimos, con el argumento de que tenía un cliente grande en otra ciudad, se mudó y pudo separarse.

Entreacto

El tiempo y la distancia le hicieron bien. Recompuso su vida. Su estudio creció mucho porque la cooperativa más grande del lugar le confió la contaduría y eso era algo más cercano a los ideales sociales de su juventud. Retomó la vida social, estaba de nuevo en pareja, se lo veía contento otra vez. En la nueva ciudad, había comenzado una terapia formal con alguien que le recomendé, un profesional serio, “un viejo sabio”, como le digo yo.

Durante esos años, las pocas veces que nos vimos, cuando empezábamos a profundizar sobre la intimidad, siempre reconocía que ella había sido la mujer de su vida, pero así y todo, decía que estaba bastante feliz sin ella.

Ella se quedó en la misma ciudad, nos cruzamos un montón de veces y siempre supe que andaba bien. La separación no opacó sus cualidades. Su prestigio profesional mereció siempre el mismo respeto. Y su compromiso con la tarea social en *la salita*, con los chicos del barrio, no dejó de ser proverbial.

Diez años después

4. “Tira el caballo adelante y el alma tira pa’ atrás”¹

Hace poco, con la excusa de que estaba de paso por la ciudad, él me vino a ver. Nos tomamos un buen rato y no pudo dejar de retomar la historia desde el día de la separa-

¹ El profundo tajo en el alma que conlleva cualquier duelo quedó inmortalizado en los versos de “La añera”, de Atahualpa Yupanqui: “Cuando se abandona el pago / y se empieza a repechar / tira el caballo adelante / y el alma tira paí atrás”.

ción. Me parece que para llegar al punto que lo preocupaba, quería partir desde ahí.

—No sé cuánto de esto ya te lo conté —me dijo—, pero un día ella se pasó de la raya. Se dio vuelta, le vi el otro lado. Vi el odio. Me di cuenta de que no terminaba de encontrar las palabras para que sus agravios me ofendieran más. Se desesperaba porque su odio no llegaba a lastimarme. Fue ese día, cuando lo vi tan claro, que decidí irme. Y me fui.

Lo dejé hablar casi sin interrumpirlo.

—No se puede creer; yo pensaba que lo de Atahualpa Yupanqui era una metáfora. Pero sentí que de verdad me partía en dos. Una parte de mí se iba sola... Yo estaba cortado en dos. Mi cabeza y mi pecho iban atrás, como llevados a la rastra. Pero el resto de mí iba adelante, nadie me hubiera podido detener. No se puede creer, pero era una sensación corporal completamente real.

Y siguió.

—Sólo tres personas no se sorprendieron, me dijeron que había hecho muy bien, que ellos lo estaban esperando desde hacía tiempo y que lo único que temían era que yo volviera; pero aunque sufrí mucho, nunca, nunca me arrepentí.

5. “No se culpe a nadie”²

—Yo también fui un pelotudo... ¿por qué tuve que encapricharme con ella? Tenía muchas virtudes, pero tampoco era para

² Yo estaba en la creencia de que este título lo había puesto al imaginar que mi amigo, sintiéndose tan mal, había comenzado escribir la consabida carta: “Sr Juez, no se culpe a nadie...”. Cuando una colega, al leer un borrador de este escrito, me hizo recordar el estupendo cuento de Julio Cortázar que lleva este nombre, me vi sorprendido, porque sin dudas fue la reminiscencia

tanto. En eso fui responsable yo... la idealización tiene su precio.

Una vez mi viejo, que era de poco hablar, me hizo dos preguntas puntuales que me abrieron la cabeza, porque eran justo las que necesitaba en ese momento. Era cuando yo estaba por empezar medicina. “¿Estás seguro de que te gusta, de que es una elección tuya?”, me dijo, sin mencionar para nada que mi madre era enfermera... Tampoco hizo referencia a que en la familia, todos, siguiendo a mi vieja, teníamos ideales altísimos. Pero ahí mi viejo me transmitió con claridad que no creyera que había una sola forma de ser útil a la humanidad. Internamente, siempre se lo agradecí, porque con solo dos preguntas me iluminó. Quién sabe si él se hubiera dado cuenta de lo que me estaba pasando con ella. Y sobre todo, ¡quién sabe si yo lo hubiera podido entender como lo entendí aquella vez!

Estaba locuaz... y lúcido. Se ve que había pensado mucho, había elaborado mucho, se había analizado bien... y tenía necesidad de contar.

—Una noche —continuó diciéndome— estábamos solos, ella estaba empezando a cocinar; la abracé, la agarré desde atrás, la empecé a buscar... Se puso dura, me detuvo, se tocó la cabeza y me dijo: “Tengo esto también, ¿sabés?”. ¡Qué mal me sentí, qué odio me da recordarlo! Era un sábado, toda la semana y todo ese día yo había estado ayudándola a escribir un artículo para la revista del círculo médico ¡y descalificaba mi acercamiento con el argumento de que yo registraba solamente su cuerpo! ¿Qué pensaba yo entonces?, ¿cómo no me di cuenta antes?

No se puede creer. ¡Qué dependencia, qué ingenuidad la mía!

de ese relato que tanto me impactó en la juventud lo que me determinó, desde lo inconsciente, a elegir esas palabras para aludir a las vivencias de mi amigo.

Estuve al borde de la muerte, no tenía ganas de vivir, no sé si llegué a pensar en el suicidio, pero me parece que estuve cerca... al menos de pensarlo.

Mirá vos cómo son las cosas, me acabo de dar cuenta de que la primera vez me salvó mi viejo y la segunda me salvó mi hija. Pobre chiquilina, era rejoyencinta... y no paró hasta que logró que hablara con vos...

6. No se termina nunca

—Con mi vida me va bien —siguió como en un monólogo—. Con mi trabajo me va bien, con mis amigos me va bien. Con mis hijos no tanto. ¿Y sabés qué? Me parece que empecé a darme cuenta de lo que está pasando.

No quiero engañarme. Cada uno tiene lo suyo, y en estos últimos años yo no supe generar un diálogo con mis hijos como el que tengo con algunos amigos. Tampoco me voy a poner paranoico pensando que todos mis males son culpa de ella. Sé muy bien que mis penas más profundas las tengo desde mucho antes de haberla conocido. Es más, me junté con ella para curar esas penas, y si aún no las curé es sobre todo por culpa mía.

Pero hoy no quiero negar nada como lo hice durante tanto tiempo para poder seguir con ella. Fijate cómo es. Ahora, ella sabe que hay posibilidades de que Jazmín, que termina la secundaria, se venga a vivir conmigo; donde yo vivo ahora podría estudiar justo lo que le gusta. También sabe que Agustín está pensando en asociarse conmigo para atender clientes que tienen negocios acá y en Buenos Aires, donde está él. Y aunque parezca mentira, ¿sabés lo que hace? Está metiendo púa para que ninguna de las dos cosas se concrete. No lo hace con torpeza... primero me elogia. "¡Qué buen tipo, qué generoso!, lástima que al final es débil y no puede cumplir lo que promete." No sé, la verdad, no sé cómo lo hace, pero te digo

que lo logra. Poco a poco, palabra a palabra, insidiosamente, logra que se alejen, que duden, que no terminen de confiar.

Yo sigo siendo medio boludo, porque de última, o me someto o no encuentro la forma de contrarrestarla... Cada vez soy más libre, sí. Lo vengo trabajando mucho, no me quiero quedar pegado al problema con ella y realmente me importa menos. Pero cuando me importa, quiera o no, me afecta y me vuelve a dejar medio impotente.

Se tomó un respiro y aparecieron los recuerdos.

—Sabés que una vez, hace unos dos años, con el Tano, nos propusimos organizar un reencuentro de aquellas tres promociones que en el 76 habíamos armado en el colegio esa movida político-juvenil que tanto revuelo trajo. Entonces éramos más de cien y ahora, aparte de los que ya no están, más de cincuenta no viven en la ciudad.

Fue para el 2011. Nos entusiasamos con la idea de juntarnos para los treinta y cinco años de aquella historia. Yo hablé con tres o cuatro y el Tano con otros tantos; había cierto consenso. Bueno, la cuestión fue que unos días después, Raquel, Teresita y Mirta —con ellas había hablado yo— estaban cambiadas y hasta con mala onda y me di cuenta de que la cosa se había pinchado. Después supe. El Tano me contó. Ella organizó una reunión en la casa por ese tema, y a pesar del entusiasmo de muchos, ella, levantando la bandera de que algunos habían sido tibios y otros traidores, abortó el proyecto de cuajo. Te juro que no estoy paranoico, ahora veo lo que antes no quería ver. Esa vez ni siquiera fue contra mí. Eso es lo más trágico, muchas veces ni siquiera es contra mí, no me lo hace porque está enojada. Lo hace porque le parece que se queda afuera, porque no puede soportar no haber sido ella la autora de la idea, o algo así. Y ahora que lo veo, si miro para atrás, te puedo contar muchos ejemplos. No

sé, cuando se disolvió el primer grupo de la salita, donde ella trabajaba, la salita del bajo ¿te acordás?, fue por algo así. Cuando se armó lio en el coro de padres de la escuela, también. Muchos no lo ven, yo no lo veía. Ella no parece destructiva, pero levanta banderas que parecen sublimes y el resultado es la destrucción.

7. No se lo podía decir

Cuando llegué a casa después de esa noche de larga charla, me sentía raro, con una serie de vivencias que no quería perder. Quería atraparlas para que quedasen grabadas. Tenía la sensación de que si no las escribía en ese mismo momento, después el recuerdo se me iba a diluir. La verdad, llegué un poco espantando, como si me hubiera asomado al infierno, y fui yo el que empecé a decir «No se puede creer...». ¿Cuándo se le habrá pegado esa expresión a él?

No sé bien cómo fue, estas cosas nunca se explican del todo. Pero lo que transcribí y otras cosas que me contó me hicieron ver un panorama que yo nunca había visto. Como si hubiera podido vislumbrar la vida de él con otra luz. No solo su presente sino toda su vida. Si fuera un paciente, diría que hice lo que Freud llamaba una *construcción*.

Hace años que zafó, que se salvó. No se suicidó ni se murió de un infarto. Pero el costo fue enorme. Vi que dejó jirones de sí mismo por el camino, ¡que es la mitad de lo que era! Y solo la cuarta parte de lo que habría podido ser. ¡Qué lástima!

Si ella, en lugar de patear en contra, hubiera pateado a favor, si en vez de restar hubiera sumado... ¿cuánto más habrían logrado para ellos mismos, para la familia, para el barrio, para su ciudad? Tan solo con que ella no hubiera puesto trabas, el resultado habría sido muy otro.

Un ejemplo que me contó el Tano, a modo de muestra. Él escribía en el diario local, su compromiso era fuerte y a la gente le gustaba. Pero ella, en un tono algo socarrón, cuando podía le cuestionaba cierta torpeza en su redacción... Y él, que la idolatraba, empezó a pensar que escribía mal y se inhibió. Se inhibió por completo... Cuando yo lo conocí, ya no escribía, hace más de veinte años que no manda un artículo.

Era una prueba más de que esto venía desde siempre: una veta negra, verde oscura y negra, que recorre el tejido de esta historia y no se corta nunca, porque subterránea o en la superficie, le da continuidad, sentido y explicación.

Es cierto, de la idolatría y sus consecuencias el responsable es él. Y cuando vi todo esto con claridad, yo sentía que no se lo podía decir. Me parecía que solo iba a aumentar su dolor. Pasó bastante tiempo y un día de larga charla, creí que iba a valer la pena, le anticipé un poco el tema y le dije:

—Tengo unos apuntes para mostrarte.

Le llevó un buen rato leerlos. Más de lo que le llevaría a cualquiera. Cuando terminó pensé que me iba a putear, pero no. Después de un ratito, me dijo:

—Es duro pero es así, es lo que yo te conté.

Hizo una pausa larga.

—Y está bien contado, ¡carajo! Esto es mucho más que unos apuntes. Además, si los publicarás, el único que se va a dar cuenta de que se trata de mí es el Tano, pero él sabe esto y mucho más.

—No sé —le dije—, como escrito está reverde, crudo, tal como vos me lo contaste. No sé si un día lo voy a publicar. Lo que pasa es que si algo me conmueve, lo tengo que escribir.

Vos sos uno de los que sabe la cantidad de apuntes que tengo durmiendo por ahí sin publicar.

8. Orgullo y memoria

Yo a ella la conozco. La conozco bastante; no sé si la conozco bien, pero de algo estoy seguro: no es consciente de lo que hace.

Según la hija, las dos veces que se acercó a terapia, después de la primera entrevista no volvió. En parte sorprende, porque es inteligente, sus análisis de ciertas cosas son agudos... Pero ahora que lo pienso, siempre tratan del mundo exterior; la introspección, como se dice, no es lo suyo.

No sé si es que argumenta tanto y tan bien que se convence a sí misma, pero estoy seguro de que ella no se considera destructiva. No ve el dolor que le causa una idea o un proyecto de alguien cercano. Quizá, alguna vez, allá lejos en el tiempo, algo habrá vislumbrado de sí misma. Pero hoy ya no. Seguro que no.

Creo que para esto no hay otra respuesta que la de Nietzsche: «*“Yo lo he hecho” –dice mi memoria; “yo no puedo haberlo hecho” –dice mi orgullo, y se mantiene inflexible. Al fin... cede la memoria*». ⁴

³ Esta frase de F. Nietzsche fue citada por S. Freud en 1909, en “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”. OC, Amorrortu Editores, Tomo X, pág. 145.

9. Nadie se engañe

Como es evidente, no escuché esta historia desde el sillón del analista. Me tocó ser un testigo colateral, porque la vi y la viví de cerca. Nadie piense que es una cuestión de género. No es contra ella. Una vez, durante todo un año, observé una actitud semejante, así de destructiva, en un profesor: con otro estilo, pero le hacía lo mismo a sus alumnos más inteligentes.

Es una historia dura. En carne viva. Duele, espanta.

Por eso dudaba si publicarla o no... y no había hecho todavía el esfuerzo de escribirla bien. Pero en una oportunidad, mientras veíamos otros textos con una persona que colaboraba conmigo en la corrección del libro, me tenté y le leí los apuntes que había garabateado después de la conmoción que me había quedado del relato tan detallado de mi amigo.

—Es terrible, tenés que publicarla —me dijo—. Esa historia le va a servir a muchos... Sí, publicala, nos va a servir, porque muchos hacemos eso; claro, lo hacemos, pero *no todo el tiempo* —se consoló—.

Y bueno, aquí está.